

II CONCURSO LITERARIO COMARCA BAJO CINCA 2015**CATEGORÍA: ADULTOS****UN PACIENTE SINGULAR****SEUDÓNIMO: BRISCA**

Ya hacía un rato que la campana de la Iglesia de Santa Ana había señalado el rezo de las nonas. El eco de sus compañeras, la del Monasterio de las Madres Franciscanas y la del Convento del Carmen, apenas eran un susurro a lo lejos.

Las gentes, también silenciosas, se recogían como el sol después de una jornada cansada y larga, porque en estas tierras prietas no hay licencia para el derroche de energías ni otras fantasías que nada bueno traen al alma.

En el Hospital reinaba la calma. Las ventanas a oscuras y el portón cerrado para que no escapase el sueño de los dolientes, a veces su único alivio. Y en ese estar sereno, de pronto, ruge un golpe seco, aldabonazo rompedor de tímpanos que me hizo pensar en el estruendo de las pezuñas del diablo.

¿Qué salvaje criatura llamaría en tan mala hora y con semejante escándalo? ¿Aguantarán los goznes ese ataque del infierno?

Con más miedo que premura acudí a la entrada. No sin una luz grande y más grande tranca. En el pecho los latidos del miedo movían el crucifijo que llevo encima para que me proteja de todo mal.

Otro leñazo, ¡si fuera más joven tendría menos pánico!, aunque también es cierto que la vejez ayuda en la lucha contra Satanás, difícilmente puede tentarme con las vergüenzas del mundo, ni mis ancianas carnes ni el ya tibio recorrido de la sangre, añoran otros goces que los del espíritu.

Envalentonado con el ardor de la fe y el tamaño de mi garrote, giré la llave y abrí la puerta a lo desconocido. Y, ¡qué me aspen como al mismísimo San Andrés si no me caigo al suelo de la risa cuando vi a los personajes que aguardaban tras ella!

¡Qué desaliño!, ¡qué malas trazas!, ¡qué absurda indumentaria!, pero, ¡si semejaba chanza! Tuve que hacer un esfuerzo para recordar las fechas, pensé que en mi vejez había olvidado alguna fiesta señalada y que aquella cuadrilla que ante mí se presentaba con disfraz de chirigota, quería jugarme una broma pesada.

Ni Santa Águeda..., ni San Isidro, ni Santiago ni Santa Ana... Esa tropa de simples no venía por la feria, su naturaleza era así de boba o necia o lunática...

No pude hacer otra cosa que compadecerme de su desvarío y ofrecerles la lámpara con la que encontrarán el paso sin que tropezasen con los peldaños del zaguán.

Humanos, dos. El uno, alto y desgarbado, con una brecha en la frente que ya no sangraba porque el barro que le ensuciaba todo el cuerpo, se había secado en abultado pegote. (A lo que se ve, el caballo le había lanzado en un vuelo largo en el que mordió a partes iguales polvo y agua, y si el lodo es por normal blando, las piedras que lo contienen no disfrutaban de esa ternura).

El otro, ancho de tripas y corto de patas, como la burra que le acompañaba.

La boca sin cerrar, aunque no hablaba. De mirada sencilla, temerosa de Dios. También guarro, que a este la mula no debió tirarle pero vestía la misma albardilla del que ara en sembrado mojado.

Mudo por la impresión, se me adelantó con las palabras el enjuto:

-Hombre piadoso, venimos de la villa de Quemada donde nos trataron con aprecio y esmero. Es más, siendo el momento de yantar, nos regalaron unas migas que aliviaron las hambres atrasadas.

Como las tripas habían perdido la costumbre de sentirse acolchadas, pronto demandaron líquidos con los que remojar el tocino entreverado con el que se adornaba el pan. Los animales que sustentan nuestros pasos también tuvieron su ración doble, de ahí que la sed de los brutos fuera aún mayor.

Sin hacer caso a las bridas buscaron la humedad del río Arandilla y en cuanto olieron la cercanía de su orilla, galoparon sin acierto hasta hundirnos con ellos en el cieno.

Yo salté por los aires en un extraño milagro, (quizás alguna nube me levantó del cogote por contemplar mi perfil de caballero andante). En cuanto a mi escudero, Sancho, frenó con antelación la caída, bajando del asno antes de que este le hiciera un renuncio. Mas, viéndome en el centro del limo, barruntó que era cosa sabia el baño en el fango y se arrojó a él, pues no conozco un criado más leal ni esforzado.

La peor parte se la llevó mi cabalgadura, tanta necesidad de beber tenía que ha colmado la hartura y lleva una inflamación en la panza que por las lágrimas que derrama, mucho temo que le agobia el sufrimiento.

He leído que su Hospital de la Piedad reconforta y sana a los enfermos por rara que sea la plaga, y hasta aquí nos hemos plantado, solicitando humildemente su auxilio y caridad.

El discurso del melancólico me impresionó. La hidalguía con la que se mostraba a pesar de la pobreza de su facha y la ruina de sus músculos, aún me conmovía más. Y eso de

cuidar al equino como si fuese humano (le bautizó con el nombre de Rocinante), rompió mi resistencia a explicarle que este era albergue de personas.

Les hice un gesto para que se acomodaran mientras les traía un caldo de ajeno, espliego, dragoncillo y espino albar, y así serenasen los nervios rotos por el accidente.

El problema sería el caballo, pues de veterinaria entendía poco por no decir nada; pero, como expliqué antes, la fe es la mejor espada sea cual sea el combate, y me dirigí en un soplo a la talla de la Virgen de la Piedad esperando su inspiración.

No tardó en responder, ¡gran poder guarda Nuestra Señora!, y guiando mi mano con seguridad, me hizo preparar una tisana con hebras de panocha (curiosamente se la conoce como “pelo de caballo”), y unas hojas de menta piperita que le hice beber hasta que consumió la infusión, no sin penar, porque el bicho aborrecía todo lo que chorrease.

En cuestión de un Ave María el paciente estaba expulsando por su lugar natural el exceso de fluido.

No relataré la cantidad de orina que derramó en ese plazo, podría causarles una emoción nada favorable. Imaginen pantanos y marismas y no quedarán cortos.

El remedio le aligeró el peso, devolviéndole la sonrisa a él y a su amo que no dejaba de cantarle al oído no sé qué plegaria devota.

Inútiles fueron mis ruegos para que se quedaran a hacer noche en el Hospital, ni siquiera me dejó lavarle el escorchón reseco de la frente. Añadió que eran “gajes del oficio de paladín”.

En lo que insistió antes de partir, fue en dejarle hacer un regalo, en prueba de gratitud, a la Virgen que gobierna la casa. Y sacándose del bolsillo un puñado de endrinas, las depositó con cuidado a los pies de la imagen diciendo:

-Hermosísima Dama, no hay joya que os merezca, pero aceptad estas humildes perlas que oscurecen a vuestro lado. Por siempre me sentiré obligado.

Y sorbiéndose la mocarra salió aquel ejército del pueblo, por otra parte, buscando la mar en dirección contraria.

Volví a asegurar los cerrojos, pronto sonarían las Vísperas, y con todo recogido me disponía a cumplir con las oraciones, no sin antes mirar a la Virgen que tanta ayuda me brindó.

¡Y aquí viene el milagro! La muy golosa, en un suspiro, se había comido los frutos, dejando como señal únicamente el rabo. Que guardo para el que quiera comprobarlo, atado al cordón del último cabo...